

Política Panhelénica en Demóstenes

Introducción

Cuando la crítica histórica ha pronunciado su veredicto sobre el programa y la actividad política del famoso estadista ateniense se ha bifurcado en sentencias opuestas. Para unos Demóstenes era el político particularista, exclusivamente preocupado por el interés de Atenas y sin visión del futuro. Para otros, en cambio, el gran defensor de las libertades griegas, tal como le había glorificado la tradición clásica, y que, en el momento supremo, logró unir en torno a Atenas a las demás ciudades griegas, para conservar la independencia de la Hélade frente a la amenaza de Filipo.

Pese a las apariencias, la oposición existente entre uno y otro juicio no es irreductible. La explicación encuentra su punto de partida en la evolución que el pensamiento político del gran orador experimentó ante la magnitud insospechada del enemigo macedónico, que le obligó a adoptar un plan de acción distinto, sustituyendo la vieja política clásica del equilibrio de poderes por el ideal panhelénico ¹.

Nuestro ensayo pretende demostrar que Demóstenes, sobre todo a partir de la paz de Filócrates (346), comenzó a bosquejar en su política un ideal y actuación panhelénicos, que alcanzaron su plena madurez por el tiempo de la Tercera Filípica (341);

1. Cf. W. JAEGER, *Demóstenes*, v. e., México 1945, p. 213; y *Paideia*, 2.ª ed. en v. e., México 1962, p. 1.102.

auténtico panhelenismo, no en función del imperialismo ateniense, sino abierto y democrático en el mejor sentido y del que Atenas, a ímpulso de la palabra y acción demostenianas, se constituyó en intérprete y representante, pero sin atentar contra la independencia legítima de los diversos estados asociados.

Opiniones contrarias al panhelenismo demosteniano

Conviene ante todo fijar el concepto de panhelenismo, aunque sea en breves términos. Si la palabra es de reciente creación —la paternidad del nombre es atribuida a George Grote²—, la idea expresada por ella es clara. En efecto, expresa la noción de una comunidad helénica, es decir, de todos los pueblos griegos unidos formando un todo distinto de los demás pueblos; una comunidad, por tanto, de sangre, de lengua, de religión, de costumbres. Para llevar al terreno político los principios del panhelenismo étnico, precisaba despertar y actualizar la conciencia de la unidad, a fin de estrechar más y más las relaciones entre los diversos estados griegos, impulsándoles a realizar conjuntamente empresas de alcance supranacional, cuales fueron, vgr. las guerras médicas. A este respecto afirma Luccioni³: «Porque los atenienses tenían conciencia de que existía un cierto número de rasgos que definían τὸ ἐλληνικόν y le garantizaban su fisonomía propia, adoptaban una política basada en la negativa de toda posibilidad de entendimiento con el bárbaro, enemigo del mundo griego». Y fue precisamente la resistencia contra el enemigo común de la libertad, lo único que pudo fundir a todos los griegos, unificándolos como nación⁴.

Es bien conocido el panhelenismo de Isócrates. El objeto del discurso «Panegírico», publicado en 380, es el de abogar por la causa de una reconciliación definitiva entre Esparta y Atenas, y al propio tiempo hacer valer ante el mundo griego los títulos de Atenas a la hegemonía, en vistas a una expedición panhelénica

2. Cf. LUCCIONI, *Démosthène et le panhellénisme*, Paris 1961, p. 1.

3. O. c., p. 5.

4. Cf. JAEGER, *Paidéia*, p. 1.100.

contra Persia. Su *Filipo* en 346 y su discurso *Panatenáico* (342-339) constituyen otras tantas manifestaciones del espíritu panhelénico que le anima. El objetivo que se propuso con la unión de Grecia fue siempre la campaña contra los persas, pero distintas las ciudades griegas a las que fue asignado la dirección de la empresa común. Primeramente Atenas y Esparta, luego Dionisio de Siracusa, Jasón de Feras, Arquidamo III de Esparta y, por fin, Filipo de Macedonia ⁵. Prescindiendo del hecho de que Isócrates se mostrase poco realista en sus concepciones políticas, nadie ha negado en él los principios de una teoría panhelénica ⁶. Sin embargo las premisas cambian con relación a Demóstenes.

Si generalmente el clasicismo tradicional había reconocido en Demóstenes al gran defensor de la libertad griega contra la tiranía macedónica, no podemos desconocer que entre sus contemporáneos encontró el estadista ateniense adversarios infatigables. Sin duda Isócrates y Esquines hubieran negado todo programa panhelénico en Demóstenes. Isócrates, aunque no le cita textualmente, parece aludir a él, cuando habla de los que calumnian y envidian a Filipo, y que tienen la costumbre de poner la turbación en sus propias ciudades ⁷. Lo cierto es que el retórico y el orador propugnaban ideales panhelénicos bien distintos: ambos deseaban la unión de los griegos, pero Isócrates, en sus últimos años, realizada por Filipo contra Persia, al paso que Demóstenes por Atenas contra Filipo. Con todo no hay que olvidar que Isócrates nunca fue un militante de la política, sino un teorizante idealista, alejado de los cargos públicos. Por su parte Esquines pudo echar en cara a Demóstenes ⁸, el haber rechazado la propuesta hecha por Filipo de someter a un arbitraje las diferencias entre Atenas y Macedonia; y así lejos de considerarle promotor del panhelenismo, le reprochaba su espíritu de discordia. La verdad es que para Demóstenes, que intuía las intenciones y ambición de Filipo, no había otra disyuntiva posible: o

5. Cf. G. MATHIEU, *Les idées politiques d'Isocrate*, Paris 1925.

6. Cf. JAEGER, *Paideia*, p. 861 y ss.

7. Cf. *Filipo*, 73.

8. Cf. *Contra Ctesifonte*, 83.

imperialismo macedónico, o Atenas a la cabeza de la helenidad. Por lo demás Equines ha sido juzgado por la crítica moderna más que político un alma mediocre, sin ideas personales, con gozosa resignación a lo que parecía inevitable, y en quien la vanidad, la envidia y el interés se sobrepusieron al amor de la patria ⁹.

Si de la época clásica pasamos a los tiempos modernos, recogeremos juicios no menos hostiles a la política demosteniana en general y a su panhelenismo en particular. Pretermitimos a los historiadores de fines del siglo pasado y principios del presente, del tipo de J. G. Droysen ¹⁰, de K. J. Belloch ¹¹ o de E. Drerup ¹², quienes, dados sus presupuestos históricos positivistas, estaban incapacitados para comprender el ambiente emocional en que se desarrolló la personalidad del orador. En realidad, «el hecho de que la vida política griega adoptara la forma de un grupo de estados-ciudades autónomos fue, para el unitarismo nacional del siglo XIX, un escándalo histórico» ¹³. Los criterios históricos de Belloch no han dejado de ejercer su influjo, y así U. Wilcken, aunque más ecuánime, pertenece a la misma escuela y tiene frases como esta: «(Demóstenes) sin comprender los objetivos verdaderos que perseguía Filipo, se empeñó en considerarle como un enemigo de Atenas, que sólo se proponía su destrucción. Frente a Isócrates, Demóstenes partía de un punto de vista que no era panhelénico, sino específicamente ateniense, y soñaba con un resurgimiento de la hegemonía de Atenas. Sólo teniendo en cuenta esta preocupación localista de Demóstenes se explica que en los años siguientes no retrocediese ante el propósito de buscar la alianza con aquellos mismos persas contra los cuales iba a proclamar Filipo la guerra panhelénica» ¹⁴.

9. Cf. G. MATHIEU, *Démosthène*, Paris 1948, p. 172; LUCCIONI, o. c., p. 160; JAEGER, *Demóstenes*, pp. 195-197; CASTETS, *Eschine l'orateur*, Paris 1874, p. 160 y ss.

10. *Histoire de l'hellenisme*, v. I., Paris 1883.

11. *Griechische Geschichte*, t. III, Berlin, 1922-23.

12. *Aus einer alten Advokatenrepublik*, Paderborn 1916; y *Demosthenes im Urteile des Altertums*, Würzburg 1923.

13. JAEGER, *Demóstenes*, p. 11.

14. *Historia de Grecia*, v. e., Madrid 1951, p. 293.

Digamos de pasada y sin detenernos por el momento en la refutación, que el panhelenismo nuevo preconizado por Demóstenes se armonizaba con los dos reproches fundamentales que contra él lanzaba Wilcken: el resurgimiento, al menos en parte, de la hegemonía ateniense; y el propósito de buscar la alianza con el Rey persa. Concedemos que Demóstenes viese en Filipo al único auténtico enemigo de Atenas y de Grecia, que por el momento absorbía toda su atención y le estimulaba hasta el máximo.

A. Momigliano abunda en el mismo sentido en dos de sus artículos sobre el tema propuesto ¹⁵. Del primer artículo resulta que la finalidad política del orador era la hegemonía de Atenas, por donde se explica su oposición a Eubulo y a Macedonia, sin comprender las necesidades y los móviles de la política de Filipo y siempre encerrado en la contradicción entre hegemonía ateniense y política nueva de alianza democrática y panhelénica. En el segundo insiste en la contradicción que minaba la política demosteniana al predicar la democracia y la hegemonía ateniense, y limitar por otra parte en vistas a la hegemonía de Atenas la autonomía de las ciudades ¹⁶. Por nuestra parte si no apreciamos una radical contradicción entre el concepto de democracia y una dirección de los pueblos griegos ejercida por Atenas, creemos está por demostrar que Demóstenes limitase la autonomía de las ciudades en vistas a la hegemonía ateniense. En realidad una cierta hegemonía o puesto de preferencia en la comunidad griega, que probablemente Demóstenes hubiera deseado para su patria, no llegó a producirse, y por aquel entonces a Atenas le daba bastante quebranto su propia supervivencia y la supervivencia de toda la helenidad.

P. Treves censuró, es cierto, a Momigliano por su excesiva parcialidad, al estudiar a Demóstenes casi exclusivamente en el primer período de su política, y no conceder la suficiente importancia a la evolución que la actividad política del estadista experimentó frente a Filipo, sobre todo a partir de la paz de Filó-

15. *Contributi alla caratteristica di Demostene*, CM III, 1931, pp. 711-744; y *Chiarimento alla caratteristica di Demostene*, ibidem, pp. 975 y s.

16. *Filipo il Macedone*, Firenze 1934.

crates¹⁷. Sin embargo en otro lugar¹⁸, afirma: «Si Atenas resulta victoriosa, las ciudades aceptarán por necesidad o por gratitud su hegemonía. El objetivo de la gran batalla es el Imperio». Pensamiento que reproduce en la introducción a otro de sus libros¹⁹: «Y piedra sobre piedra fundó el edificio de la nueva liga ateniense, de la que tenía que salir —y el gran triunfo final de la alianza con Tebas aparece como auspicio y promesa— el Imperio de Atenas». Solución que tampoco nos satisface como veremos más adelante.

Enemigo declarado del panhelenismo demosteniano se demuestra asimismo H. B. Dunkel en su estudio *Was Demosthenes a Panhellenist?*²⁰. Según él Demóstenes no tuvo verdadero sentimiento panhelénico; si recurrió a él fue porque pensaba así poder salvar a Atenas, centro de sus preocupaciones.

Si hemos expuesto algunos de los juicios que niegan o minimizan el programa panhelénico del político ateniense, por cuanto interesa conocer las sentencias contrarias y los argumentos en que se fundan; no obstante albergamos la convicción de que muchos de los puntos de vista expuestos han quedado ya superados, y cambiada, o al menos mejorada, la apreciación de un Demóstenes político particularista e imprevisor del futuro.

Como en la época clásica, también en el pasado siglo hubo defensores de Demóstenes, entre los que destaca A. Schaefer²¹. Pero ahora, y según pide el tema propuesto, nos referimos a dos autores contemporáneos: Jaeger y Luccioni.

W. Jaeger en su ya citada obra²², observa que «los indicios de panhelenismo se acusan con creciente claridad a lo largo de todos los discursos de Demóstenes posteriores a la paz de Filócrates». Cita allí el discurso *Sobre la Paz*, la *Segunda Filípica*, el discurso *Sobre los asuntos del Quersoneso* y la *Tercera Filípica*. En el análisis que nos brinda de esta última arenga, pp. 211-215,

17. Cf. *Rivista di Filologia*, LX, 1932, pp. 68 y ss.

18. *Demostene e la libertà greca*, Bari 1933, p. 119.

19. *L'Orazione per la Corona*, Milano 1962, p. 19.

20. *C. Ph.*, 1938, pp. 291-305.

21. *Demosthenes und seine Zeit*, Leipzig 1885-87.

22. *Demóstenes*, p. 302, nota 43 del cap. VII.

pone de relieve la preocupación que el gran estadista demuestra por toda la helenidad, situada en grave peligro y la necesidad de agrupar a todos los griegos en torno a Atenas, defensora ancestral de la libertad griega. Al hacer el recuento de los delitos cometidos por Filipo contra toda Grecia, y no sólo contra Atenas, quiere el orador que todos los helenos sacudan su inercia y abandono y se den cuenta de la comunidad de la causa. Insiste Jaeger: «en que los investigadores han pasado por alto el hecho de que, después de la infortunada paz de Filócrates, toda la política de Demóstenes no fue sino una lucha sin paralelo por la unificación nacional» (p. 214). Buen conocedor del alma griega Demóstenes comprendía que, si en medio de la relativa tranquilidad, de que hasta entonces habían disfrutado las ciudades griegas, el sentimiento panhelénico no podía prosperar; por el contrario al presentarse en escena un poderoso enemigo y ponerse en grave riesgo la libertad e independencia común, podría lograr se produjese, como realmente así fue, el levantamiento nacional frente a la amenaza exterior.

El panhelenismo en función de la hegemonía ateniense

Se hacía esperar una obra como la de J. Luccioni²³, ya antes mencionada, que viniera a dar cumplida respuesta a la idea lanzada por Jaeger, desarrollando ampliamente su pensamiento. El estudio que hace el profesor de la Universidad de Argel sobre el panhelenismo demosteniano destaca por su amplia documentación, solidez de argumentos y elegancia de dicción. Maneja a conciencia una bibliografía casi exhaustiva, por lo que se refiere a los autores modernos, y ofrece abundantes citas, tanto de los propios discursos de Demóstenes, como de las fuentes clásicas contemporáneas al orador. Si el método con que procede en su obra es excelente, las conclusiones a que ha llegado nos han defraudado un poco.

A continuación brindamos un resumen de las ideas funda-

23. *Démosthène et le panhellénisme.*

mentales de la obra, para hacer luego algunas observaciones, que creemos pueden ser de utilidad.

Luccioni empieza con un estudio del tema panhelénico (pp. 1-10), que la literatura griega anterior a Demóstenes abordó —particularmente el panhelenismo de los oradores expuesto en los debates políticos—, y que sin duda influyó en la formación de su ideología política.

El panhelenismo demosteniano frente a Filipo de Macedonia (pp. 11-38) exigía la unión de todos los griegos para resistir a la opresión, la peor que, en frase de Demóstenes, Grecia había conocido. Prescindiendo del problema de si Filipo era o no de raza griega —generalmente se reconocía como griega a la dinastía reinante en Macedonia, si bien Demóstenes no lo admitía—, el rey macedónico aparecía ante la consideración del político ateniense como un genio desmesurado y maléfico, extraño del todo al espíritu griego, como una fuerza que era por naturaleza la antítesis del helenismo. Le parecía que el Macedonio amenazaba a todas las ciudades griegas por igual, a resultas de una voluntad de dominio que le era propia, como efecto de su ὄβρις; pero también a causa de una especie de antagonismo permanente que necesariamente existía entre Grecia y él, que, en último término, se resolvía en la oposición natural entre la democracia, forma de gobierno característica de la estirpe griega, y la tiranía representada por Filipo. De aquí la proclama panhelénica de la Tercera Filípica. «Una Grecia unida en una política común, fundada sobre el principio de la resistencia al enemigo macedónico: he ahí el espectáculo que Demóstenes deseaba contemplar» (p. 38).

Con todo el panhelenismo demosteniano en su momento histórico no arguía la guerra contra los persas (pp. 39-69). Demóstenes quería ver a los griegos unidos para proteger la comunidad helénica contra los pueblos bárbaros, pensaba en que Atenas acaudillara a los diversos estados en la defensa de los valores de la civilización griega; pero promovía un panhelenismo realista, pues en aquel entonces el sentimiento de hostilidad, que la opinión pública griega mantenía para con el Rey persa, no tenía razón de ser. Su política panhelénica suponía la unión de los griegos frente al peligro de los pueblos bárbaros, enemigos de Atenas

por naturaleza. Pero entonces el único enemigo verdaderamente temible era Filipo. De aquí que el miedo que éste infundía a Demóstenes, daba su expresión particular al panhelenismo propugnado por el orador. Así Demóstenes buscaba la coalición de todos cuantos tenían motivos de temer a Filipo, incluida por tanto la alianza con Persia. Era, pues, una política ordenada al bien de Atenas y de Grecia, y por lo mismo panhelénica. La alianza con un pueblo bárbaro, limitada al caso concreto de Filipo, sería útil a los griegos para combatir a otro bárbaro. Una vez salvada la situación, no se considerarían obligados a mantener la alianza e incluso podrían limitar el poderío persa, si fuere necesario.

Llegamos al cap. IV (pp. 70-124) donde Luccioni señala la característica esencial del panhelenismo demosteniano, es decir, se trata de un ideal panhelénico en función de la hegemonía ateniense, o mejor dicho, subordinado a ella. Nos va diciendo el autor que Demóstenes celebra las glorias pasadas de su patria, defensora de las libertades griegas, vgr., cuando las guerras médicas, más tarde frente Esparta..., no para complacerse vanamente en ellas, sino para excitar a los oyentes a imitar su ejemplo. Objetivo de la política ateniense era un ideal justo, la defensa de los oprimidos (cf. vgr., el discurso *En favor de los Megalopolitas*), pero de suerte que esta postura noble y generosa, no dejase de servir a los intereses de Atenas. Dado que ésta se constituía en paladín de la libertad helénica, Filipo al querer imponerse en Grecia, «ipso facto» hacia la guerra a Atenas. El rey de Macedonia, según Demóstenes, había comprendido que los atenienses poseían el sentido de la justicia y el deseo de cumplir su misión de defensa panhelénica. Tema de la propaganda ateniense era presentar a Filipo como enemigo común de todos los griegos, y a Atenas como a su protectora natural. Para cumplir con su misión panhelénica, Atenas tenía que despertar de su letargo y experimentar un resurgimiento evidente en todos los aspectos: en el orden militar, financiero, diplomático y moral. Para un patriota ateniense ver a su ciudad de nuevo preponderante era lo esencial, pero en la medida en que la política en interés de Atenas tendía a preservar a Grecia de la tiranía macedónica, debía ser tenida por panhelénica en el mejor sentido de la

palabra (cf. p. 102). Para Demóstenes no había contradicción entre patriotismo griego y ateniense, antes bien se completaban y constituían dos partes indispensables de una misma política: la defensa de la civilización griega frente a Filipo. El orador no quería que la lucha entre Atenas y Macedonia fuese considerada por los demás griegos, según era en realidad, como el conflicto entre dos imperialismos; por el momento le interesaba ocultar la verdad y ganar adeptos para su causa, pero en el caso de triunfar frente a Filipo, Atenas hubiera vuelto a su política tradicional: armonizar el panhelenismo con la hegemonía ateniense. Demóstenes «pensaba que si Atenas tenía todo su interés en ejercer la hegemonía en Grecia, Grecia tenía todo su interés en reconocer la hegemonía de Atenas» (p. 117).

Pon donde queda justificada la política de Demóstenes (pp. 125-148). Como ciudadano *πέτριος* («razonable, tal como debe ser») se había entregado al bien de su ciudad para asegurarle la gloria y la preeminencia. Nuestro político «se presentaba como un hombre que no había cesado de cumplir este deber (cívico) porque había preconizado siempre una política panhelénica que, a su juicio, debía ser el instrumento de la grandeza de Atenas» (p. 148).

Por el contrario la *ὑβρις* caracterizaba a Esquines, es decir, definía al hombre que no cumplía sus deberes ciudadanos. Si estaba al lado de Filipo no era porque aprobaba el programa panhelénico del Macedonio —no parece que Esquines hubiera tenido jamás una concepción bien clara de la unidad griega—, sino porque estaba convencido de que no era posible actuar de otro modo, reconociendo con ello la inferioridad de Atenas. Isócrates, en cambio, con su panhelenismo promacedónico, había disociado en el espíritu de los atenienses las dos nociones de panhelenismo y hegemonía, según Demóstenes, complementarias la una de la otra (pp. 149-163).

En conclusión (pp. 165-180), según Luccioni, Atenas y no Macedonia merecía con derecho representar la civilización griega y dirigir a Grecia. Si en poder de Filipo estaba la fuerza, Atenas era la escuela de Grecia, su educadora, su centro espiritual. Filipo miraba a su provecho y ambición, y no cumplía las obligaciones que le imponía el panhelenismo. Por el contrario el pro-

grama panhelénico demosteniano era la defensa antimacedónica y el retorno al concepto de la hegemonía ateniense, pero procedía del sentimiento de la solidaridad helénica, y de una consideración particular de los intereses de los griegos.

La frase final del libro de Luccioni viene a resumir la tesis defendida por su autor: «No tenemos derecho a reprochar en Demóstenes el haber querido dar una solución ateniense al problema panhelénico» (p. 180). Como además insiste en que lo primero para Demóstenes era la grandeza de su patria, la hegemonía; y que el panhelenismo estaba subordinado al patriotismo local (p. 102), la concepción panhelénica de Demóstenes resulta un tanto de vía estrecha.

Ante semejante solución del problema propuesto, nos atrevemos a formular esta pregunta: ¿no sería mejor minimizar bastante el ideal de la hegemonía en Demóstenes, para reforzar no poco su aspiración panhelénica? Naturalmente no nos mueven los prejuicios propios del humanista que quiere idealizar a los clásicos, sino el deseo de objetividad, fundamentado en sólidas razones.

Nueva visión del panhelenismo demosteniano

Nuestro punto de vista lo hubiera compartido G. Mathieu, tal como puede colegirse de la siguiente afirmación ²⁴: «el orador evoca repetidas veces los recuerdos del pasado y presenta como ejemplo a los antepasados del siglo V. Pero se da cuenta que las circunstancias han cambiado...; para Demóstenes los tiempos del imperialismo ateniense han pasado sin posibilidad de retorno. Más que en una hegemonía ateniense, Demóstenes piensa en una dirección libremente aceptada por los griegos y que se impone mejor por el ejemplo que por el mando».

En efecto, la hegemonía tal como se había llevado a cabo por los diversos estados, que en el curso de la historia la habían ejercido en Grecia, suponía el predominio absorbente de una ciudad griega en detrimento de las otras, y se conservaba me-

24. *Démosthène, l'homme et l'oeuvre*, p. 167.

dante el debilitamiento económico o político, y, si el caso lo requería, mediante el aniquilamiento de los rivales más importantes²⁵. De aquí que Demóstenes, al darse cuenta de los importantes cambios que en el decurso de los años se habían producido tanto en la estrategia militar como en la política (cf. *Tercera Filipica*, 47), y con la triste experiencia de los abusos en que incurrieron las pasadas hegemonías, se convenciese de que su patria tenía que contentarse con mucho menos que en el pasado; y si debía aspirar a una dirección más o menos efectiva de los asuntos griegos, tenía que comportarse sin egoismos ni imposiciones. Así, según Jaeger²⁶, con la *Tercera Filipica* «Demóstenes llegó a una etapa decisiva de su pensamiento político. En sus primeros discursos había sido puramente el político práctico, el frío y calculador representante de los intereses de su estado. Estaba todavía enteramente enraizado en las tradiciones gubernamentales de Atenas, sin traspasar jamás los límites de su clásica política del equilibrio de poder para el interior de Grecia. Pero al aparecer desde más allá de la frontera griega este nuevo enemigo poderoso, se vio obligado a adoptar un plan de acción distinto». Y más adelante añade: «En este periodo prescindió deliberadamente de todos los impedimentos propios del político que se preocupa exclusivamente por los intereses atenienses, y se dedicó a una labor más excelsa que la que proyectara jamás —o hubiera podido proyectar siquiera— ningún estadista griego antes que él... Su panhelenismo era el resultado de una voluntad dispuesta a afirmar la personalidad nacional, deliberadamente opuesta a la entrega nacional enunciada por Isócrates» (pp. 214 y 215). Gracias a la admirable actividad demosteniana y al temor que inspiraba la amenaza de Filipo, fueron desapareciendo las divisiones entre los griegos y se impuso el levantamiento nacional hacia un panhelenismo poco antes imposible de concebir. La intuición de Demóstenes y su prodigiosa labor parecen una hazaña casi sobrehumana²⁷. Es decir, que Demóstenes de polí-

25. U. WILCKEN, o. c., p. 280 y passim.

26. *Demóstenes*, p. 213.

27. Cf. pp. 220 y 221.

tico particularista, para quien el punto de partida de todo panhelénismo era el interés de Atenas «acabó convirtiéndose en el estadista panhelénico de la Tercera Filípica, para el que la gran misión de Atenas consistía en encabezar la unión de los griegos contra Filipo de Macedonia»²⁸.

Recordemos sino la actividad incesante que desplegó a partir de la paz filocratea. En 344 Demóstenes fue en calidad de embajador a Mesenia y Argos, tratando de promover la desconfianza de estos pueblos hacia Filipo (en los nn. 20-25 de la Segunda Filípica nos brinda la relación del discurso pronunciado a los mesenios). Por la primavera del 342 una nueva embajada, en la que acompañaron al orador Polieucto y Hegesipo (cf. *Tercera Filípica*, 72), impidió que Filipo interviniera en el Peloponeso y en Ambracia. En junio del 341 y como efecto inmediato de la Tercera Filípica, los atenienses al mando de Cefisofonte pasaron a la isla de Eubea, y con el apoyo de los calcídicos derribaron a Filístides, el tirano de Oreo. La actividad diplomática del orador fue intensa en el invierno del 341 al 340: alianzas con Megara, Acaya, Acarnania; quizá ya desde este momento con Leucada, Corcira y Corinto. Antes del principio de marzo del 340 va de nuevo al Peloponeso y en unión con Calias de Calcis logra establecer un proyecto de liga panhelénica. Unos meses más tarde parte, con el mismo fin, rumbo a Tracia, Bizancio y Abidos. Hipérides en estrecha colaboración con él obtiene el apoyo de Quios, Cos y Rodas en la lucha contra Filipo. Es cierto que Efiálfes encargado de pedir al rey persa alianza y socorros, fracasó; pero cuando Filipo tras el sitio infructuoso de Perinto, marchó, sobre el agosto del 340, a sitiar Bizancio y los bizantinos pidieron auxilio a los atenienses, ambos pueblos, una vez reconciliados, concertaron la acción común para la defensa en estrecha relación con los sátrapas persas. Con todo el éxito más sorprendente de todos los obtenidos por Demóstenes fue el lograr en 339 la alianza con los tebanos, los implacables enemigos de antaño²⁹.

Si a pesar de una tal consagración a la causa de la helenidad,

28. *Paidéia*, p. 1.102.

29. Cf. G. MATHIEU, o. c., pp. 105-109; LUCCIONI, o. c., p. 123:

en la que Demóstenes y, a impulsos de su palabra y acción, Atenas se impusieron tantos sacrificios y privaciones para salvar a Grecia de la ambición de Filipo, en una empresa panhelénica, en la que se arriesgaban la propia supervivencia de la ciudad, se nos insiste en que el político ateniense laboraba ante todo por una eventual hegemonía de Atenas, al estilo de la practicada por Pericles en la liga ático-délica ³⁰, tal afirmación nos parece excesiva.

En todo caso juzgamos de capital importancia, para dilucidar el problema, los argumentos que se derivan de los propios discursos de Demóstenes, pronunciados después de realizada la paz de Filócrates.

Testimonios de Demóstenes en favor del nuevo panhelenismo

Pasamos por alto las afirmaciones contenidas en el discurso *Sobre la Paz*, donde Demóstenes tomando consejo del enemigo y pensando en la futura cooperación con los demás griegos, esboza su futuro panhelenismo; esto es, insinúa veladamente su intención de separar del lado de Filipo y atraer a la causa de Atenas, mediante ciertas concesiones, y la tutela de sus intereses particulares, a los pueblos de Megalópolis, Argos, Mesenia y otros peloponesios, Tesalia y Tebas ³¹.

Ya en la Segunda Filípica aparecen textos claros que confirman el programa panhelénico de Demóstenes, abierto y democrático, no tendente a la hegemonía, como veremos. En el n. 2, el orador se lamenta de que «cuanto más claramente se demuestra que Filipo quebranta la paz... y que maquina proyectos contra todos los griegos», más difícil resulta indicar a los atenienses la decisión que deben tomar. En el n. 8 hace resaltar, pese a la despreocupación y abandono político de sus compatriotas, la disposición innata de estos de velar por la salvación de Grecia y sacrificarse generosamente por su causa; «(Filipo)

30. Cf. LUCCIONI, o. c., p. 115.

31. Cf. nn. 15, 18, 24 y 25 del discurso; I. ROCA MELIA, *Discurso sobre la Paz*, Salamanca, 1965, pp. 19-25.

se ha dado perfectamente cuenta que a nuestra ciudad y a un carácter como el vuestro no podía prometer ni conceder nada que les indujese a entregarle *por una ventaja personal* a ninguno de los otros pueblos griegos, sino que al contrario teniendo en cuenta la justicia y evitando la infamia inherente a una tal actuación... os opondríais a él, si tramase algo semejante, con la misma energía que si os encontráseis en guerra con él». Predica, pues, Demóstenes un desinterés panhelénico que nada tiene que ver con la práctica histórica de la hegemonía. Poco después (n. 10) rubrica este pensamiento: «(Filipo) os ha juzgado... como a los únicos, entre todos, que no sacrificarían *por ningún provecho* los derechos comunes de Grecia, ni cambiarían *por ningún favor, ni por interés alguno* la lealtad para con los griegos». Lejos de asociar la defensa de los griegos con el interés de Atenas, Demóstenes se expresa con nobleza, convencido de que, sin necesidad de proponérselo, su patria cosecharía iguales o incluso mayores frutos de una tal actuación. Pero el n. 11 nos parece particularmente expresivo a este respecto. Presenta una lección del pasado: la franca y noble reacción de Atenas ³², al rechazar la propuesta del rey de Macedonia, Alejandro, quien, en calidad de embajador del general persa Mardonio, prometía otorgarle el dominio de Grecia, a condición de pactar una alianza con el rey Jerjes. Demóstenes asegura que los antepasados «no solamente no aceptaron esta proposición —según Heródoto, l. c., su respuesta fue que jamás realizarían alianza con el bárbaro en tanto que el sol siguiera su curso—... sino que prefirieron abandonar su país y disponerse a afrontar toda clase de sufrimientos...». Por ello Filipo buscaba la amistad con otros pueblos, a los que el argumento de la ambición y el interés pudiera persuadir, ya que «...pensaba que si os escogía a vosotros, os tendría como amigos para las causas justas, mientras que si se unía a aquellos tendría unos auxiliares de su propia ambición» (n. 12). Por lo tanto, según Demóstenes, la justicia y no el interés era el móvil de su patria en la empresa panhelénica.

En la misma línea de argumentación situamos diversos tex-

32. Cf. HERÓDOTO, VIII, 143.

tos del discurso *Sobre los asuntos del Quersoneso*. En los nn. 35-37, cuando en legítima suposición aduce los reproches que otros griegos, dialogando con Atenas, podrían echarle en cara a causa de su desidia política, ¿qué otro objetivo se propone Demóstenes sino el de estimular a sus conciudadanos a la acción eficaz para la defensa común, a fin de que cumplan del modo más convincente su misión panhelénica? En todo caso el pasaje queda iluminado por un texto tan expresivo como éste: «Porque vosotros, dice el orador a sus paisanos, no estáis naturalmente dotados para ambicionar el mando, ni para mantenerlo, pero tenéis habilidad para impedir que otros se apoderen de él, o para quitárselo al que lo posee; en una palabra, para poner obstáculos a los que quieren mandar y para libertar a todos los hombres esclavizados» (n. 42). En resumen: tal como se deduce de todo el contexto, Filipo está contra Atenas por ser la gran defensora de las democracias y dispuesta a impedir cualquier hegemonía que atente contra su constitución política. ¿Por qué Demóstenes pide recursos económicos y mantener en pie de guerra un potente ejército? «A fin de que, del mismo modo que Filipo tiene siempre fuerzas a punto para atropellar y esclavizar a todos los griegos, vosotros las tengáis dispuestas para salvarlos y socorrerlos a todos» (n. 46). El estadista ateniense reconoce que la magna empresa panhelénica exigirá muchos gastos, mucho trabajo y no menor esfuerzo, pero no recurre a la promesa de compensaciones y ventajas futuras para justificar su realización, sino al simple argumento de que la carga será más pesada todavía, cuanto más tiempo transcurra (cf. n. 48). Pero es sobre todo el n. 49 que nos parece particularmente revelador del elevado sentimiento de solidaridad panhelénica, que nada tiene que ver con el egoísmo e intereses creados de las hegemonías históricas: «Porque si algún dios nos garantizase —ya que no hay ningún hombre capaz de ello—, que, manteniéndoos quietos y dejándolo hacer todo, Filipo no acabaría viniendo contra vosotros, sería una vergüenza ¡por Zeus y por todas las divinidades! y una conducta indigna de vosotros, de la potencia de la república y de las gestas de vuestros antepasados, que por vuestra indolencia dejáseis caer en la esclavitud a todos los demás griegos; por lo que a mí respecta preferiría antes morir que habérselo aconse-

jado». En efecto, como poco después dirá el orador (n. 51): «...para el hombre libre la máxima necesidad es el honor frente a los acontecimientos, y yo no conozco ninguna más imperiosa que pudiera señalar...».

«Un discurso como la Tercera Filípica es verdaderamente un discurso panhelénico»³³. Sin embargo en cuanto al matiz de su panhelenismo disintimos de Luccioni; lo encontramos más desinteresado, y menos abocado a una hegemonía ateniense de lo que dicho autor supone.

Harto conocida es la frase del orador en el n. 20 de esta Filípica, con la que expresa su preocupación por la suerte de todos los helenos: «es necesario asimismo deliberar sobre los intereses de todos los griegos, porque se encuentran en gravísimo peligro». Demóstenes, precisando esta su inquietud panhelénica en los párrafos siguientes de su arenga, lamenta que todos empezando por los atenienses «le han concedido (a Filipo) precisamente aquello que en todo el tiempo anterior era el motivo de todas las guerras entre los griegos... El derecho de hacer cuanto quiere y de ir mutilando y despojando uno tras otro a los pueblos griegos, y de atacar las ciudades y esclavizarlas» (n. 22). Es decir, que Filipo sin encontrar oposición alguna se ha visto poseedor de la hegemonía en Grecia, la que ejerce de un modo mucho más arbitrario y absolutista de como lo hicieron las tres potencias griegas que sucesivamente gozaron de ella. Ya que el resto de Grecia se unía para reprimir los abusos reales, o considerados como tales, de la potencia dominante (cf. nn. 23 y 24).

Demóstenes en todo este pasaje parece admitir la necesidad de un equilibrio político, del que eran conscientes los antepasados, con el objeto de evitar los excesos de la hegemonía. Pero a Luccioni le parece sintomático que el orador, al recordar las injusticias que habían cometido los diversos estados que ejercieron la supremacía en Grecia antes de Filipo, «da a la idea la expresión más atenuada posible cuando se trata de Atenas» (o.

33. LUCCIONI, o. c., p. 25; Cf. A. PUECH, *Les Philippiques de Démosthène*, Paris 1952, p. 181; JAEGER, *Demóstenes*, p. 205; F. BLASS, *Die attische Beredsamkeit*, Leipzig 1893, III (1), p. 379, obra reimpressa en 1962.

c., p. 114). La mayor suavidad del tono adoptado por Demóstenes al referirse a su patria es innegable (cf. en el n. 24 οὐ μετρίως ἐδόκουν προσφέρεισθαι frente a πλεονόζειν ἐπεχείρουν καὶ πέρα τοῦ μετροῦ τὰ καθεστηκότ' ἐκίνουν, referido a la hegemonía espartana). Pero esta relativa indulgencia del orador no permite concluir que Demóstenes aprobase tácitamente la hegemonía ateniense en el pasado. La expresión citada, entre otras causas, puede explicarse por un doble motivo: primeramente en razón del patriotismo nunca fermentado del orador; en segundo lugar, porque la hegemonía ateniense con todos sus defectos fue a no dudarlo más beneficiosa para los confederados que la espartana o la tebana. Jaeger afirma sin rebozo: «...el predominio de Esparta no fue realmente comparable al de la hegemonía ateniense que lo había precedido..., fue desde el principio puramente militar, sin ningún fundamento cultural o económico. Entonces era imposible sostener, como en los tiempos del auge ateniense, que por obra del vigor irresistible y la fuerza transformadora de un solo estado, se hubiese producido un nuevo desarrollo y una redistribución de todos los poderes vitales de la nación... Tebas estaba todavía menos preparada para el papel directivo que súbitamente le cayó en suerte con el éxito de su levantamiento contra la arbitraria dominación espartana»³⁴.

Sin embargo, sinceramente no podemos admitir la afirmación de Luccioni³⁵ que dice: «Demóstenes no sólo no condenaba la política de hegemonía que había sido la de Atenas en el pasado... sino más bien teja sin cesar el elogio de un pasado lleno de gloria», pues el n. 25 y 30 de la Filípica en cuestión contradicen este aserto: «Sin embargo *todas las injusticias cometidas* por los lacedemonios en treinta años de hegemonía y *por nuestros antepasados en setenta* —el orador reconoce por tanto las injusticias cometidas por Atenas que no puede menos de condenar—, no igualan a los atropellos que Filipo ha infligido a los griegos a partir de los trece años escasos desde que salió de la oscuridad...» (n. 25). A continuación (n. 30) recalca el hecho de las injusticias que con el resto de Grecia cometieron espartanos

34. *Demóstenes*, pp. 16 y 17.

35. O. c., pp. 114-115.

y atenienses, en el tiempo de su hegemonía: «Y sabéis muy bien esto otro: que *todo cuanto los griegos sufrieron de parte de los lacedemonios y de nosotros mismos*, por lo menos era de hijos legítimos de Grecia de quienes recibían la injuria». Seguidamente para desvanecer toda duda sobre el particular, ilustra con un ejemplo la afirmación hecha: «Se podía suponer que todo acontecía del mismo modo que en una casa rica, cuando un hijo legítimo hace uso malo e impropio de la fortuna; *en este punto merecía reproche y censura*, pero no se podría decir que hiciera esto sin ser miembro de la familia y sin tener derecho a la herencia». El argumento concluye «a fortiori» en relación con Filipo, un bárbaro, fuera del círculo de la comunidad helénica (Será útil recordar a este respecto que para Demóstenes el conflicto entre helenos y bárbaros no es un conflicto racial, sino de civilización y cultura, en cuanto encierra principios políticos divergentes: la oposición entre la libertad y la servidumbre ³⁶. Es decir, que Demóstenes, según Daskalakis ³⁷, considera bárbaros a los macedonios, no en el sentido étnico, sino en cuanto enemigos de Grecia).

Por donde podemos suponer con razón que Demóstenes, en el caso hipotético de haber logrado situar a su patria al frente de los griegos, vencedores de Filipo, hubiera evitado, dentro de sus posibilidades, todos los defectos en que había incurrido la anterior hegemonía ateniense; y en consecuencia, el elogio de los tiempos pasados y del propio Pericles, además de ser un tópico, se refería tanto al esfuerzo positivo desplegado por Atenas para conseguir la supremacía, como a los benéficos resultados que en parte dimanaron de ella para los confederados.

Insistiendo en nuestro análisis del panhelenismo demosteniaco, encontramos en el n. 45 un argumento poderoso basado en la integridad moral de los antepasados, inasequibles al soborno, y que castigaban tanto al asalariado como al que inten-

36. Cf. SERBOVI, *Elleni e Barbari nelle orazioni di Demostene* A et R (1940), 117-132.

37. 'Ο Δημοσθένης και τὰ περὶ «βαρβαρισμοῦ» τῶν Μακεδόνων Platón III (1951), 188-211.

taba sobornar. Nos referimos al caso Artmio de Celea. Es cierto que Demóstenes exagera al minimizar el problema. El caso Artmio no era indiferente a los atenienses, pues se trataba de su próxeno o representante en Celea, quien además se esforzaba en impedir, de acuerdo con el rey Artajerjes I Longimano (por el 461), la expedición de socorro ateniense en pro de los egipcios, que se habían sublevado contra el rey persa. Pero con todo el ejemplo —que por lo demás estaba de moda entre los oradores de su tiempo—, es contundente para probar la severidad de los mayores en castigar el soborno. Por ello merece destacarse la conclusión a que llega el orador: «Por lo tanto aquellos atenienses se consideraban obligados a preocuparse de la salvación común de todos los griegos...», y es a causa de su elevación moral que «Grecia entonces infundía temor al bárbaro y no el bárbaro a Grecia». «Ahora en cambio —afirmará apenado Demóstenes—, todo se ha vendido como en el mercado, y en su lugar se ha importado todo aquello que ha puesto a Grecia en trance de muerte» (n. 39).

A fin, pues, de sacudir a Grecia de su letargo y defender su personalidad, propone el político «una asociación de socorro y amistad» entre todos los griegos (n. 28). Y es a Atenas a quien incumbe capitanear esta unión y constituirse en paladín de la libertad: «Porque, aún en el caso de que todos los demás griegos se resignasen a la esclavitud, nuestro deber es combatir por la libertad» (n. 70). Una vez que los atenienses estén ya dispuestos a cumplir su misión y que infundan, con sus preparativos y acción, confianza a los demás griegos; es entonces, y sólo entonces, cuando deben exhortales a la alianza: «Y cuando estemos dispuestos personalmente con todo esto y lo hayamos puesto de manifiesto, hagamos una llamada a los otros y despachemos embajadores que les informen al respecto» (n. 71). La actitud que Demóstenes reclama para Atenas es dar ejemplo con su preparación militar y actividad diplomática. No quiere que sus compatriotas inviten a los demás, sin cumplir antes ellos mismos sus obligaciones. Ello sería absurdo. «Yo no digo eso; sino que afirmo que es preciso enviar dinero a los nuestros del Quersoneso y hacer cuanto nos pidan y prepararnos personalmente; y cuando nosotros seamos los primeros en hacer lo que conviene, invitar

a los otros griegos, reunirlos, aconsejarles, reprenderles; esta es la conducta que corresponde a una ciudad que tiene la dignidad de la nuestra» (n. 73); «...vuestros mayores os ganaron este privilegio, y os lo legaron a costa de muchos y grandes peligros» (n. 74).

En suma, Demóstenes, según se desprende de los textos aducidos de sus discursos, predica un panhelenismo abierto, desinteresado, que ha de ser unión de todos los griegos que constituyen la comunidad helénica para defender su civilización, democracia y libertad frente a la potencia macedónica, enemiga natural de los griegos en razón de sus principios y actividad política, que conducen a la tiranía, a la opresión y a la servidumbre. Asimismo cabe armonizar los dos sentimientos de amor al suelo patrio y de solidaridad panhelénica, que animan al orador, afirmando que Demóstenes propugna un primer puesto para Atenas como potencia rectora, la cual, sin descuidar sus propios intereses, debe dirigir a los restantes griegos insinuándose más con el ejemplo que con la imposición; por lo tanto, con respeto a la autonomía e independencia de cada estado griego, y sin pretensiones de volver a los abusos de las pasadas hegemonías, sea del tipo de la primera liga ático-délica, o al modo de la segunda confederación marítima.

Solución de algunas dificultades

¿Qué hubiera sucedido, si la coalición griega capitaneada por Atenas y Tebas hubiera triunfado frente a Filippo? En esta suposición, históricamente inválida, pero admisible como hipótesis, Luccioni cree intuir el resurgimiento de la hegemonía ateniense por obra y gracia de Demóstenes (cf. o. c., p. 117). A este fin aduce argumentos basados en los textos de la producción demosteniense.

En efecto, en el n. 60 del discurso quersonesiaco afirma el orador: «Filippo sabe exactamente que vosotros no consentiréis en ser esclavos, y que aún en el caso de que consintierais no podríais, porque estáis acostumbrados a mandar». Interpretando «mandar» como sinónimo de «hegemonía», Demóstenes sólo recuerda el hecho histórico innegable de la hegemonía ateniense,

y el puesto directivo que le cupo a Atenas en el destino de Grecia; pero en el texto no hay aprobación alguna de la política «hegemónica», ni mucho menos de los excesos en que ésta incurrió, expresamente reprobados por el estadista en los nn. 25 y 30 de la Tercera Filípica, anteriormente citados por nosotros. Por otra parte, en el propio discurso del Quersoneso, n. 42, también antes aducido, Demóstenes pronuncia una frase, aparentemente contradictoria de la que nos ocupa, cuando dice de los atenienses que no están naturalmente dotados para ambicionar el mando, ni para mantenerlo, pero que tienen habilidad para impedir que otros se apoderen de él, o para quitárselo al que lo posee. De aquí que la explicación más obvia y natural, que armonice ambos textos, sea ésta: Los atenienses, a pesar de que el destino les deparó una posición preponderante en Grecia, no tienen la natural inclinación para ambicionar personalmente o conservar el mando.

Sin embargo Luccioni (p. 115) para corroborar su tesis de un Demóstenes favorable a la hegemonía, se afina en dos textos de la Cuarta Filípica. El primero (n. 46) dice así: «Os habéis apartado, atenienses, del principio fundamental que vuestros antepasados os legaron: y el ir a la cabeza de los griegos y el socorrer, manteniendo un ejército en pie de guerra, a todos cuantos han sido víctimas de la injusticia, os ha sido presentado por los políticos que os dirigen como un dispendio penoso e inútil...». La verdad es que el texto suena más a una dirección panhelénica basada en el esfuerzo y el sacrificio, que a una hegemonía que se funda en el mando y la imposición. Pero insistimos en que hay que considerar un doble aspecto en la conducta de los antepasados en relación con la hegemonía: el que les presenta como modelo de virtudes cívicas con que engrandecieron a su patria, y el otro que nos recuerda los excesos que cometieron en el período de su predominio en la Hélade. Por ello cabe en Demóstenes tejer el elogio del pasado en un sentido, y reconocer los defectos, como realmente hace, en el otro aspecto. De esta suerte creemos poder aclarar el otro pasaje de la misma Filípica (n. 47) en que Demóstenes califica a la hegemonía de «honorable, grande e ilustre». No hay que olvidar que la hegemonía ateniense, en concreto, con todos sus defectos, alcanzó logros positivos, ya

que, además del principio militar, partía de un fundamento cultural y económico, según antes dijimos. Pero aquí el orador más que al desarrollo normal de la política «hegemónica» que fue degenerando en abusos, apunta, según se deduce del contexto, al esfuerzo previo que la hizo posible. No hay, pues, un elogio incondicional de la hegemonía, considerada como tal, en su proceso histórico.

Y ¿qué diremos de las alabanzas que Demóstenes dirige a los grandes políticos de antaño cuales Aristides, Nicias, el estratega Demóstenes y Pericles, centro este último en torno al cual giraba la vida política, espiritual y artística en la primera confederación ático-délica? En efecto, en la Tercera Olintiaca, n. 21, nos dice su autor: «Pero yo juzgo que es deber de un ciudadano justo preferir la salvación del Estado a la adulación en sus palabras. Porque me he enterado, como sin duda también vosotros, que los políticos en el tiempo de nuestros antepasados, a los que todos nuestros oradores alaban, pero apenas si imitan, tenían esta costumbre y manera de gobernar: el célebre Aristides, Nicias, mi homónimo, Pericles». Aparte que consideramos menos válido un argumento, basado en el texto de un discurso anterior a la paz de Filócrates, pues es a partir de este momento, cuando el orador imprime una nueva dirección a su política³⁸; queremos con todo subrayar que el elogio de Demóstenes sobre los celebrados estadistas se limita a un punto bien concreto de su actuación, es decir, a su integridad política; pero no implica justificación alguna de las medidas vejatorias y despóticas que, por ejemplo, Pericles tuvo que adoptar con los confederados —fue comparado con uno de los antiguos tiranos³⁹— para llegar al objetivo principal de su programa político que fue la creación del imperio ático.

Pero pasando por alto otros argumentos que quieren condicionar el ideario panhelénico de Demóstenes al concepto de hegemonía, ninguno de ellos convincente, y todos, a nuestro juicio, explicables a la luz de las afirmaciones claras del orador; se nos

38. Cf. TREVES y JAEGER, o. y l. c.

39. Cf. WILCKEN, o. c., p. 202.

objeta que la proclama panhelénica, aireada por Demóstenes en el momento supremo de la lucha contra Filipo, para atraer a todos los griegos a la unión en la *κοινωνία βοήθειας και φιλίας*, era «no la salución política, sino la solución provisional, solución militar solamente y exigida por la necesidad del momento: para que lo coalición fuese lo más numerosa posible, precisaba que Atenas no asustase a nadie manifestando demasiado pronto intenciones harto ambiciosas. Pero en cuanto al futuro, Atenas no hubiera sido Atenas si no hubiera pensado en volver a su política tradicional, que consistía en no separar el panhelenismo de la hegemonía ateniense»⁴⁰. Frente a la afirmación rotunda de Luccioni que predice el restablecimiento de la hegemonía ateniense, en el caso irreal de un triunfo sobre Filipo en Queronea, y que a nosotros nos parece un tanto arriesgada y desprovista de sólidos argumentos, tenemos que oponer no pocos reparos.

Y empecemos por aducir las palabras del propio Demóstenes. El orador podría ser víctima de una ilusión, pero la imagen que nos brinda de una Grecia supuesta triunfante, en el discurso *Sobre la Corona*, ocho años después de haber sido derrotada por Filipo la coalición griega, nada tiene que ver con la imagen de un pueblo oprimido por causa de la hegemonía: «Si del mismo modo que yo entre vosotros mantuve mi puesto, un solo hombre se hubiera encontrado en cada una de las ciudades griegas; más bien, si Tesalia hubiera tenido un solo hombre y Arcadia un solo hombre animado de los mismos sentimientos que yo, ningún griego a uno y otro lado de las Termópilas hubiera experimentado las desgracias presentes, sino que todos libres e independientes con plena seguridad, sin peligro y en medio de la felicidad, habitarían sus propias ciudades, dando gracias de tales y tan grandes beneficios a vosotros y a los demás atenienses por mi causa» (nn. 304 y 305). ¿No es este el retrato más fiel del panhelenismo abierto, noble y democrático, de que tanto hemos hablado? Ninguno de los beneficios enumerados de libertad, independencia y felicidad fue patrimonio auténtico de los confederados en los tiempos de la hegemonía, y más que dar gracias

40. LUCCIONI, o. c., p. 117.

a Atenas por su situación, procuraban en cuanto les era posible sacudir su yugo.

Pero hay más aún. Si hemos de dar crédito a Demóstenes que habla en defensa propia para justificar su anterior actividad política, su consigna como hombre de Estado fue siempre ésta: «...ni en la política ciudadana preferí el favor de los ricos a los derechos del pueblo, ni en la política exterior (ἐν τοῖς Ἑλληνικοῖς) antepuse las dádivas y la amistad de Filipo a los intereses generales de todos los griegos» (*Sobre la Corona*, n. 109). No dice los solos intereses de Atenas, sino los comunes a todos los griegos, y ello es digno de notarse, teniendo en cuenta que el proceso contra Ctesifonte se realizó en un tribunal ateniense, el Helieo, y ante un público, si no exclusivamente, por lo menos en su mayoría ateniense. Porque como más adelante nos dirá en este mismo discurso (nn. 199-210): la guerra contra Filipo era un deber cualquiera que fuese el resultado —aunque se viniese a tierra el castillo de naipes de la hegemonía—. Incluso con la certeza de la derrota se debía combatir para no traicionar la política tradicional de Atenas, libertadora de Grecia; para hacerse dignos de los héroes que habían sucumbido en Maratón, Salamina y otras campañas similares.

Es que Demóstenes tenía un espíritu altamente democrático. Para él la forma democrática caracteriza la civilización griega, y es por ello que proclama la solidaridad de las democracias (cf. vgr., *En favor de la libertad de los rodios*, nn. 17-21; *Quersoneso*, nn. 42-43). Admite la necesidad de un equilibrio político que excluya la división entre estados dominantes y vasallos en la Hélade ⁴¹. De aquí que la lucha contra Filipo se encuentre en el centro mismo de su programa político, pues el Macedonio es el adversario irreconciliable de la democracia, como lo es de Atenas ⁴². Para Demóstenes la verdadera política democrática es la que pone en juego la iniciativa individual y el sentido de las responsabilidades. Como nos dirá G. Mathieu ⁴³, el tema esencial de las

41. Cf. *En favor de los Megalopolitas*, nn. 4-5 y 30-31; *Tercera Filípica*, 22-25.

42. Cf. *Cuarta Filípica*, n. 15; *Quersoneso*, n. 43.

43. Cf. O. c., p. 166.

Filipicas y de las Olintiacas consiste en que los atenienses ya individualmente, ya agrupados, no deben contar con el vecino, sino actuar por sí mismos, imponiéndose sacrificios personales y dando pruebas de espíritu cívico con el cumplimiento de los deberes ordinarios: servicio militar personal y pago regular y honesto de las contribuciones. Dentro de esta misma línea de nobleza democrática no deja de ser un rasgo de deferencia, muy significativo, una vez lograda la alianza con Tebas para combatir a Filipo, conceder a esta ciudad la dirección de las operaciones terrestres, y reservar a un mando común de Atenas y Tebas la dirección de los efectivos navales. Por otra parte Atenas se comprometía a sufragar en sus dos tercios los gastos de la contienda, debiendo Tebas responder tan sólo del tercio restante.

Por si todo esto fuera poco, pesaban sobre el ánimo de Demóstenes, en orden a excluir de su programa político toda eventual hegemonía, los ingratos recuerdos históricos de la liga ático-délica, así como las tristes experiencias de la segunda confederación marítima, de que fue testigo durante su juventud.

Ciertamente la organización de la primera liga marítima (477), realizada por Aristides, se basaba en el principio de la libertad y la autonomía de los confederados. Los miembros que no querían o no podían contribuir con hombres o navíos, hacían sus aportaciones en dinero para los fondos de la liga. Pero pronto se vio amenazada la autonomía de los socios frente a la autoridad cada vez más absorbente de Atenas. A resultas de la paz de Callias (449) las contribuciones de los miembros confederados se transformaron en verdaderos tributos de súbditos, que Atenas aplicaba libremente a sus propios fines; y se llegó a un régimen político, fundado en la explotación de una mayoría, privada de derechos, en favor de una minoría privilegiada: a una completa arbitrariedad traducida al lenguaje democrático ⁴⁴. A este respecto dice Jaeger ⁴⁵: «El problema de la autonomía de la *polis* ya no se acalló nunca desde su primera transgresión por la

44. Cf. WILCKEN, o. c., pp. 194-208.

45. *Paideta*, p. 1.081.

política imperial bajo Pericles, que degradó a los confederados al plano de simples súbditos».

Cuando un siglo más tarde se iniciaba la segunda liga marítima ática, un Consejo de la confederación regulaba los derechos de los socios. Cada confederado era libre y autónomo, sin ninguna clase de cargas ni tributos, con derecho a su voto, tanto si representaba a un estado grande como a uno pequeño, y obligado no sólo con Atenas, sino con todos los asociados por igual. Es que los organizadores atenienses de la segunda confederación evitaron, en un principio, cualquier coacción que pudiera parecer predominio sobre sus aliados, y así durante los primeros años se tuvo plena confianza en Atenas, la cual con este nuevo aire de liberalidad ganó para sí los corazones de muchos griegos ⁴⁶. Pero a medida que fueron surgiendo los problemas financieros, y ante las maneras cada vez más imperiosas de los dirigentes áticos, los lazos de la alianza se fueron debilitando. Quios, Cos, Rodas y Bizancio se apartaron de la liga, que acabó por desintegrarse. Así resume Jaeger el pensamiento ⁴⁷: «Cuando, más tarde, las dificultades financieras obligaron a la hegemonía ateniense a reanudar la antigua política de violencia para con los estados federados, volvió a concentrarse el descontento general que ya derrocara en el pasado la dominación marítima de Atenas» ⁴⁸.

Una vez más se manifestaron los perniciosos efectos de la *πλεονεξία* (aquí «ambición de mando») que, sin duda, alertaron al joven orador ateniense, aleccionándole, para que, atento siempre a la gloriosa tradición griega, encauzara su programa político hacia un ideal mejor.

Conclusión

Demóstenes amaba a su patria y a la brillante historia ateniense, pero el recuerdo de las gestas pasadas, según nos es dado colegir de sus discursos, eran para él motivo de estímulo para la acción eficaz más que un modelo a reproducir en su totalidad.

46. Cf. JAEGER, *Demóstenes*, pp. 30-32.

47. *Paideia*, p. 1.084.

48. Cf. asimismo WILCKEN, o. c., pp. 276-81.

Y si en tantos aspectos superó a los políticos contemporáneos, cuales Eubulo, Esquines y Foción, adelantándose a los acontecimientos y dando pruebas de una visión mejor del futuro, ¿por qué no admitir que hubiera desarrollado una política más abierta y liberal, en la suposición del triunfo contra Filipo, democrática y panhelénica en el buen sentido, sobre todo con el bagaje de la triste experiencia de las hegemonías pasadas? Precisamente sus oponentes políticos, situados en el terreno exclusivo y estrecho de la ciudad, censuraban a Demóstenes porque sacrificaba los intereses particulares de Atenas ante consideraciones de carácter general ⁴⁹.

Es que Demóstenes se constituyó en el gran defensor de la libertad e independencia helénicas, que para un griego como él daban dignidad al hombre y conservaban a la vida su auténtico valor ⁵⁰.

Supo comprender la grandeza y fecundidad de este ideal, a él sacrificó sus esfuerzos de orador y político, y, en el momento decisivo, su acción incesante logró unir a muchas ciudades griegas en torno a Atenas para la defensa de su constitución y libertades democráticas.

Así se comprende el juicio que sobre su personalidad emite Jaeger, cuando le califica de educador político de su pueblo ⁵¹.

ISMAEL ROCA MELIA

49. Cf. G. MATHIEU, o. c., p. 172.

50. No juzgamos la cuestión de si el político acertó o no, al oponerse con su programa panhelénico a la unificación del pueblo griego bajo la égida macedónica, según parece lo exigía el curso natural de la historia. A nosotros, situados a veinticuatro siglos de distancia podría parecernos necesario —hay sus pros y sus contras—, que tal unión se realizase; Demóstenes no pudo preverlo y por ello se opuso al imperialismo macedónico que había de ocasionar la muerte a la vida política griega. Cf. A. PUECH, o. c., pp. 247-250; LUCCIONI, o. c., pp. 177 y ss.; JAEGER, *Demóstenes*, pp. 9-14.

51. Cf. *Paideia*, pp. 1.093-94 y 1.103.